

# AGRICULTURA ABORIGEN Y CAMBIOS DE VEGETACION EN LA SIERRA NEVADA DE SANTA MARTA

Luisa Fernanda Herrera de Turbay. FINARCO

Hace algún tiempo me empezó a inquietar intensamente la idealización que hacemos los antropólogos de las prácticas tradicionales indígenas. En efecto, en nuestra búsqueda del "buen salvaje" pensamos que aquel indígena "tradicional", esto es, alejado de las perniciosas influencias del "blanco" colonizador, es un ser fundamentalmente bueno. Bueno consigo mismo y con sus semejantes. Pero ante todo, bueno con la naturaleza. Esto debido a que sistemáticamente una gran cantidad de estudios antropológicos recientes, influidos de una manera u otra por el movimiento ecológico que irrumpe en la década de 1960, nos muestra al indio tradicional como el gran ecólogo innato que se inserta en su ecosistema sin destruirlo. La palabra "adaptación" parece ser la palabra clave. Parafraseando a la propia autora, la agricultura prehispánica en la vertiente norte de la Sierra Nevada de Santa Marta estuvo bien *adaptada* al medio ambiente físico y no lo degradó.

Por este sesgo personal me acerqué de manera muy cauta a la versión española de *Agricultura aborigen*. Escribo versión en español, porque este trabajo es la traducción de la tesis doctoral que con el título *Aboriginal agriculture and vegetation change in the Sierra Nevada de Santa Marta*, presentó la autora al Instituto de Arqueología de la Universidad de Londres en 1983. De otro lado, mis preocupaciones se validaron cuando lei que la hipótesis básica del estudio afirma que si comparamos la actividad agrícola prehispánica con la actual, sea ésta adelantada por el indígena o el colono, podemos concluir que la primera fue adaptativa y la segunda no lo es. Entonces ¿es que la Sierra Nevada como un gran ecosistema se está acabando de forma irreversible? ¿Qué hacer? ¿Frenar la colonización y dejar que un ecólogo innato, el indio "tradicional", intente establecer de nuevo el equilibrio, para usar otra palabra clave de la ecología? Porque resulta que en este tipo de enfoque siempre hay implícita cierta participación ecologista, y el estudio de la antropóloga Herrera no es una excepción.

¿Cómo ataca la autora su problema? En primer lugar, utiliza fuentes etnohistóricas, principalmente cronistas, para reconstruir la situación ecológica y el régimen agrícola de las vertientes norte y noroccidental de la Sierra Nevada a partir de la colonización española en el Siglo XVI. Los resultados son uniformes: todas las fuentes concurren en afirmar la gran fertilidad de la tierra, la inmensa extensión de los cultivos y la gran diversidad de los productos cultivados por los habitantes nativos. Desde su descripción inicial Herrera ya anota que los estudios más recientes de los suelos de la Sierra, hechos por el Instituto Geográfico Agustín Codazzi, indican que éstos son de poco o de ningún uso agrícola (pág. 21). Aparentemente los suelos se degradaron entre el Siglo XVI y el Siglo XX debido a que las prácticas agrícolas recientes han resultado inconvenientes, o mejor, no adaptativas. En cambio, del estudio de material etnohistórico se desprende que los nativos tenían "una buena comprensión del medio ambiente en que vivían y de la manera más adecuada de explotarlo para obtener un rendimiento sostenido en las cosechas, sin llegar a una sobreexplotación. Los métodos aborígenes de cultivo muestran claramente una preocupación por conservar la fertilidad del suelo y por evitar la erosión" (pág. 46-47). Y es que la conquista produjo un "choque de mentalidades", la mentalidad blanca y la indígena, con un enfrentamiento de actitudes contradictorias frente al manejo del medio ambiente y a la utilización diferente del mismo (cf. pág. 47).

Más allá del poder explicativo que tal choque de mentalidades pueda tener, el lector también se puede preguntar sobre qué tan confiables son los cronistas en sus descripciones del potencial de los suelos y de las posibilidades agrícolas y económicas de esta parte de la Sierra. Hacer esta pregunta no implica dudar, de modo alguno, que los cronistas nos legaron un recuento bastante preciso de unas sociedades nativas complejas, con un comer-

cio organizado, amplio y variado, con manufacturas de muchas clases y una intrincada infraestructura material. Pero es que con frecuencia olvidamos que durante el Siglo XVI la Sierra Nevada fue ante todo una gran frontera militar debido a la irrefrenable rebeldía de los nativos. En estas condiciones importaba más destacar el poder del enemigo, el número de sus ejércitos, sus tácticas guerreras y su base logística —incluyendo dentro de esto último, su base alimenticia, su capacidad de abastecimiento, su sistema de comunicaciones y sus centros poblados. En el caso de los autores del Siglo XVIII que escribieron sobre la antigua provincia de Santa Marta, tales como su gobernador Antonio de Narváez y la Torre, como el padre Julián o como Nicolás de la Rosa, es indudable su gran interés por ensalzar las enormes potencialidades agrícolas y económicas que según ellos tenía la Sierra Nevada y, en general, toda la provincia. Pero es que Santa Marta era ya un punto de relativa poca importancia dentro del mapa del Virreinato de la Nueva Granada; su valor económico era casi nulo y la explotación de sus tierras bajas y de las estribaciones occidental y suroriental de la Sierra, era cosa de grave riesgo por la sublevación de los Chimila durante todo este siglo. Si alguna importancia política y económica tuvo Santa Marta durante el Siglo XVIII fue como fuente de abastecimiento de alimentos y reclutas para defender a Cartagena de los ataques ingleses.

Para lograr un efecto comparativo entre la agricultura aborigen y las prácticas agrícolas actuales, la autora utiliza acto seguido el método etnográfico en el estudio de la agricultura que desarrollan los Ijka y los Kogi, y los colonos mestizos que avanzan con determinación hacia los territorios indígenas. En esta situación de fricción interétnica, en la cual el espacio para cultivar comida, productos agrícolas comerciales y marihuana se convierte en un factor crítico, los efectos nocivos para el ecosistema se tornan materia insustituible para la salmodia conocida. Los métodos de cultivo intensivo que utilizan tanto los indígenas como los colonos, agotan rápidamente los suelos de la Sierra Nevada. Ello se agrava dado que ni unos ni otros aterrazan las laderas y ambos desmontan sin control e indiscriminadamente áreas mayores que las requeridas para cultivar. El bosque, entonces, está desapareciendo alarman-

temente y la erosión parece inatajable, a menos que algo se haga y pronto (cf. pág. 66-67).

A este respecto me parece importante hacer varias observaciones. En la bibliografía de su libro la autora incluye uno de los últimos artículos sobre los Kogi escrito por Gerardo Reichel-Dolmatoff (1982). En dicho trabajo, Reichel afirma que es imperativo estudiar la estrategia adaptativa de los Kogi y su particular agroecosistema vertical como un ejemplo notable de la peculiar adaptación aborigen a territorios de ladera en los Andes del norte de Suramérica. Es imperativo porque pocos estudios detallados se han realizado en Colombia sobre el uso nativo de la tierra, sean éstos estudios históricos o modernos. Desde luego que este es un tema que se encuentra de manera embrionaria en otros trabajos de Reichel (v. gr. Reichel 1960 y 1965). Desde luego, también, que realizar un estudio como el que aquí nos está planteando Reichel, sobrepasa los objetivos que la autora se propone en la obra que se comenta. Pero una lectura de este artículo sobre el conocimiento ambiental de los Kogi, de nuevo el problema aquel de las "mentalidades", sí nos muestra que el actual sistema agrícola Kogi es mucho más complejo y más rico en sutilezas, entre otras razones, y para repetirlo con las palabras de Reichel, porque la Sierra es un mosaico complejo de microambientes (cf. Reichel 1982: 290).

En efecto, los Kogi utilizan un sistema de cultivo escalonado según niveles altitudinales en los flancos montañosos, y ello en la población indígena significa un patrón sugestivo de trashumación. Ahora bien, tal sistema agrícola provee a los indígenas con un mayor espacio y una gran variedad de cosechas a través del tiempo, debida al escalonamiento de los ciclos de crecimiento, sin que exista una gran dependencia de las lluvias, ya que "aun durante una sequía inesperada algo de lluvias caerá en algún lugar de las montañas" (cf. Reichel, 1982: 291, mi traducción). Además, Reichel cree que el liderazgo de los sacerdotes nativos, o *mámas*, les aporta a los Kogi estrategias adaptativas que son significativas desde el punto de vista de manejo ecológico. Aquí se refiere este autor a las innumerables prácticas rituales y adivinatorias que están vinculadas estrechamente con toda actividad del calendario agrícola. En síntesis, y en el lenguaje del enfoque ecológico, "los Kogi practican una economía de rendimien-

tos sostenidos y de no-expansión, sin sobrepasar los límites de la capacidad de carga de su ambiente" (Reichel, 1982: 293, mi traducción).

Por otra parte, los problemas de la colonización de campesinos mestizos sin tierra y el avance de la frontera agrícola en la Sierra Nevada son hartos complejos. Porque definitivamente, me parece, los antropólogos somos demasiado dados a endilgarle todos los males de las etnias indígenas en nuestro país a los colonos —entre otros representantes de la llamada sociedad nacional. Uno y otro problema se contextualizan en una dinámica histórica nacional que constantemente ha expulso a los habitantes rurales de sus áreas de origen en busca de nuevas tierras para explotar. Por lo tanto, la explicación de estos fenómenos amerita una mirada más comprensiva de los colonos, que explore la trama socioeconómica que los sustenta, si se quiere, dentro de los marcos de historias regionales. No es que yo dude sobre los efectos nocivos que en los microambientes de la Sierra han causado las grandes oleadas migratorias de campesinos. Estos efectos están ahí, saltan a la vista, especialmente aquellos relacionados con el desmonte irrefrenado para plantar la famosa "marimba" de la Sierra. Pero resulta que el colono antes que un depredador es un sobreviviente. Y tanto colonos como indígenas tienen ahora que aguantarse la lluvia de defoliantes químicos con los que se busca erradicar los "cultivos prohibidos".

En la segunda parte de su libro la autora utiliza la evidencia arqueo-botánica, ante todo el análisis del polen fosilizado, para contrastar estos resultados con los logrados mediante la etnohistoria y la etnografía. La idea es someter su hipótesis a lo que la autora llama primero una "comprobación adicional" (pág. 69), luego una "prueba" (pág. 158) y finalmente, una forma de "apoyo" de la misma (pág. 161). Con este fin se realizaron varias excavaciones arqueológicas en Buritaca 200, La Estrella y Las Animas, todos estos sitios ubicados en la vertiente norte entre los ríos Buritaca y Guachaca y a diferentes niveles altitudinales. En adición se tomaron seis columnas para el estudio del polen fosilizado (tres en B-200, una en La Estrella y dos en Las Animas), y varias muestras para ser sometidas a fechamiento de Carbono 14. El análisis de los perfiles de polen mostró la existencia de un patrón de vegetación similar tanto en B-200 como en La Estrella, con períodos

bien delimitados caracterizados unos por la vegetación de bosque cerrado indicativa de una carencia o un límite en la ocupación humana, y otro por la presencia de vegetación abierta y plantas cultivadas. De esta manera, la autora identificó tres zonas temporales de vegetación sucesivas: una zona anterior a la ocupación humana de los sitios (zona A), una zona donde aparece la influencia humana en los ecosistemas a través de cultivos (zona B), y una tercera zona donde se muestra la regeneración del bosque después del abandono de los sitios a finales del Siglo XVI (zona C). En esta última zona se encuentra, sin embargo, un corto período de reocupación humana que se dio entre los años 1750 y 1800 d. de C. en B-200, y a comienzos del presente siglo en La Estrella. De todas formas ambas reocupaciones fueron limitadas y de pocas personas.

De otro lado, al comparar la vegetación característica de las zonas A y C aparece que "aunque la composición florística del bosque, en B-200, fue permanentemente alterada por la influencia del hombre, la mayor parte de sus elementos originales se encuentra presente después del abandono de los sitios" (pp. 160-161). De ahí que surja entonces la conclusión de que la intervención humana prehispanica, no obstante cambiar permanentemente la composición del bosque, no impidió su regeneración posterior. Además, tal recuperación del bosque fue relativamente rápida (cf. p. 161). Queda así avalada la proposición inicial sobre la adaptabilidad ecológica de la agricultura aborígen, en todo el periodo anterior a la presente fase de fricción interétnica y de modificación en el mapa de las fronteras agrícolas de la Sierra Nevada. Está por verse, por supuesto, esa misma adaptabilidad ecológica de las prácticas agrícolas contemporáneas.

En mi opinión, el mérito principal del presente estudio se ve reflejado de forma clara en esta segunda parte. La autora no escatima ningún esfuerzo para presentarnos el cuadro de información empírica más completo posible. Dicha información será, sin duda, de mucho interés para aquellos interesados en la arqueología de la Sierra Nevada de Santa Marta. Además, dará motivos para reflexión, como la que amerita una de las fechas de radiocarbono, sin asociación cultural, tomada del sitio de Las Animas (1430 a. de C.). Este esfuerzo, también presente en la parte etno-

histórica, se ve allí un poco desdibujado por el manejo a veces sin el rigor crítico requerido de las fuentes. De otro lado, que el enfoque ecológico en la antropología sea más tautológico que explicativo, no quiere decir, en modo alguno, que el autor de la presente reseña no se incline respetuoso ante el manejo cuidadoso y delicado que el indígena tiene con la tierra, su vida misma.

CARLOS ALBERTO URIBE T.  
 Departamento de Antropología  
 Universidad de los Andes

## REFERENCIAS

- Reichel-Dolmatoff, Gerardo, "The agricultural basis of the Sub-Andean chiefdoms of Colombia". En Wilbert, Johannes (ed.). *The evolution of horticultural systems in native South America: Causes and Consequences*. (Caracas: Sociedad de Ciencias Naturales La Salle), 1960, pp. 83-100.
- . *Colombia*. Nueva York: Frederick A. Praeger. 1965.
- . "Cultural change and environmental awareness: a case study of the Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia", *Mountain Research and Development*, 2(3) 1982: 289-298.